

El estilo de la verdad



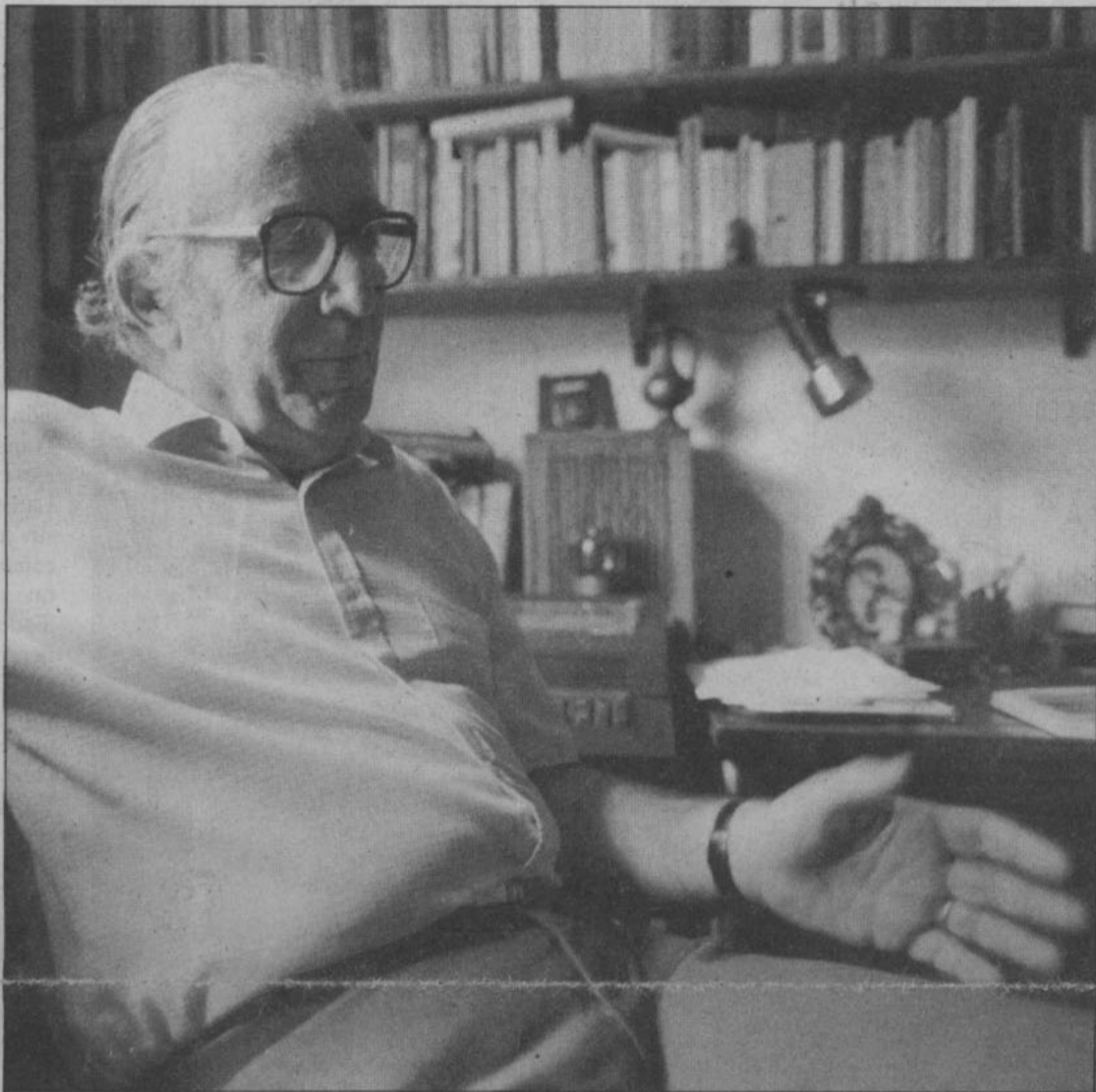
Camisa limpia, demuestra palmariamente, sin retórica, con sobriedad y contención, que hay personas que, consciente o inconscientemente, defienden la injusticia y el sojuzgamiento. Es decir, aceptan el mal

Camilo Marks

En cincuenta años más, inevitablemente **Camisa limpia** de Guillermo Blanco, será lectura obligatoria en colegios y universidades y, tal vez —si es que la literatura continúa profesionalizándose y abandonando la tradición de entretenimiento y creación que tuvo hasta comienzos de siglo—, también será objeto de cursos y postgrados. Queremos aprovechar el hecho de su aún escasa difusión y ahondar en algunas ideas que surgen de una primera lectura.

Quince años demoró Blanco en escribir esta novela. Es una injusticia terrible que un lector común no tome más de quince horas en leerla. Ello significa, desde luego, su total inconsciencia con respecto al proceso creativo. Pero, como existe una justicia poética por sobre las iniquidades cotidianas, para el escritor creativo esto es un triunfo. ¿Acaso no pueden leerse de la misma manera varios dramas de Shakespeare o una novela de Stendhal?

Lo anterior no es exageración. **Camisa limpia**, que transcurre en el siglo XVII, es la novela de la dictadura chilena, así como **La cartuja de Parma** es la novela del despotismo ilustrado o las obras históricas de Shakespeare, que se refieren a sucesos ocurridos cientos de años antes que él naciera, son las obras de la monarquía absoluta isabelina. No se ha escrito, en este país y en relación con la dictadura militar, nada de un valor equiparable a **Camisa limpia** (**La desesperanza** y **El jardín de al lado** de José Donoso, con toda su calidad, son obras de naturaleza muy distinta). Aunque sea aventurado decirlo, es probable que no se escriba algo semejante en muchos años más.



Distancia y proximidad

Hoy en día, hay personas que prefieren la literatura pura (si es que tal cosa existe) y llegan al extremo de optar por la página en blanco en la búsqueda del lenguaje como objeto, sujeto y referente único de la creación literaria. Por eso, en esta época de experimentación literaria paroxística, **Camisa limpia** es una lección. Una lección reconfortante, por cierto.

Blanco escribe en un castellano que se puede entender en cualquier país donde se le habla, con algo de preferencia por los recursos del idioma clásico y ciertos resabios del Siglo de Oro, que los grandes autores emplean hace cuatrocientos años, como las imágenes, los tropos, las transposiciones. Pero clásico no se contrapone a moderno.

Es extraordinariamente moderno un estilo que, en 1990, está al alcance de cualquier estudiante de comienzos de la enseñanza media y que utiliza, productiva y moderadamente, los medios expresivos logrados por la gran novela del siglo pasado y del actual. En la modernidad y el clasicismo de esta novela están la distancia necesaria que el lector requiere para juzgar los hechos y hacer los paralelos que quiera y la proximidad, casi intimidad, para comprenderlos y vivirlos.

Así ocurre, por ejemplo, con

la caracterización. Nada se nos dice, nada sabemos sobre el físico de los personajes. Pero a poco leer, adivinamos con certeza que Francisco Maldonado es muy alto, fuerte y gallardo (tal vez el acierto editorial de haber colocado en la portada el retrato de Juan de Pareja de Velásquez sea perturbador: somos varias las generaciones que hemos identificado físicamente al inspector Maigret con Jean Gabin o a Margarita Gautier con Greta Garbo). Su mujer, Isabel, también es hermosa. Su madre puede bien corresponder a uno de los prodigiosos retratos que Rembrandt hizo de la suya, con los colores del sufrimiento y la inteligencia humanas transfigurados al comprender más allá de los límites impuestos por la educación y la cultura. La otra Isabel, hermana de Francisco, quien lo traiciona por el miedo, es enfermiza, delgada, débil de carne y espíritu.

En uno de los pasajes más espléndidos producidos recientemente en prosa española, cuando Francisco confiesa a su hermana el secreto de su fe, como en una revelación, lo sabemos todo sobre ambos hermanos, *sin que el autor diga una sola palabra sobre ellos* y solamente gracias al electrizante diálogo. Quedan al descubierto la apariencia física de ambos bajo la luz del sol, la naturaleza vehemente, apasionada y generosa

de uno y la timidez, la incertidumbre y la indefensión de la otra. El diálogo y la prosa lo dicen todo y no dicen nada en el único momento de la vida de Francisco en que él necesita reconocer ante alguien el secreto de su fe, de su yo.

Identidad y diferencia

Muchos escritores actuales, en su egocentrismo y afán de singularidad, se dejan atrapar por su propio ingenio olvidando totalmente al lector.

Asimismo, buena parte de la literatura sobre la diferencia, sobre la marginalidad o sobre las minorías, que ahora están tan en boga, se expresa a menudo en productos casi incomprensibles.

A diferencia de ellos, Blanco no cae en la tentación de las formas fulminantes, la adjetivación extravagante, los mundos míticos o los fuegos artificiales insólitos. Posee la madurez necesaria (que no es sólo fruto de la edad) para decir lo que tiene que decir de modo perfecto y bello. Casi podemos recrear, paso a paso, el largo proceso creativo, que es el más solitario de todos, pero también el más solidario: a todos nos incluye, todos nos reconocemos. Es el estilo de la verdad.

Francisco pertenece a la raza más perseguida y oprimida desde los comienzos de la historia y profesa la religión hebrea,

que proviene de su stirpe. Haciendo un lugar común burdo, ser judío en tiempos de la Inquisición equivalía a ser comunista en Chile entre 1973 a 1989. Para él, su secreto es Dios y también él mismo, su identidad, su cultura, su persona, convicciones, religión, en suma, es su ser.

Pero su secreto no es sólo el secreto de la diferencia, que no puede ser compartido con nadie (y no sólo porque la vida está en peligro al hacerlo), sino también el refugio último de su persona, de todas las personas. No podemos vociferar a diario nuestras convicciones íntimas ni podemos propalar a los cuatro vientos todo lo que pensamos ya que, de ser así, sucumbirían todas las reglas de conducta. Todos guardamos secretos, todos escondemos cosas, nadie puede andar contando todo a todo el mundo porque, de otra manera, la convivencia sería imposible. Francisco es feliz con su secreto porque es él mismo y eso no se comparte con nadie, por más que se ame entrañablemente a alguien. Así, en él, la identidad y la diferencia se dan la mano con la sociabilidad y la civilización.

Nadie declara abiertamente (o pocos se atreven a hacerlo) ser partidario de la discriminación, la opresión, la arbitrariedad. Pero si todos fuésemos medianamente consecuentes en nuestras convicciones, no habrían existido Inquisición, nazismo o fascismo (o dictadura militar chilena).

Camisa limpia demuestra palmariamente, sin retórica, con sobriedad y contención, que hay personas que, consciente o inconscientemente, defienden la injusticia y el sojuzgamiento. Es decir, aceptan el mal. En palabras de moda, esta novela pone al descubierto la cultura de la muerte y sus favorecedores. Entre ellos, destaca cierto tipo de gobernantes, sus jueces y sus verdugos.

Como lo hemos dicho e insistiremos, esto se expresa con belleza y de modo conciso. Trazando otros paralelos, esta vez extra-literarios, podríamos decir que Guillermo Blanco prefiere el lirismo y lo esencial de Schubert al magnífico desparrramo de Mahler o la simplificación y los significados fundamentales de un Cézanne a la expresividad emocional de un Van Gogh. Es su opción. ■